

# 1

Marla Mason se acuclilló en el callejón, junto a la librería *Luces de la ciudad*, y lanzó sus runas. El cuadrado de terciopelo violeta regio que se extendía en el suelo, ante ella, estaba cubierto de objetos desperdigados: un diente de ajo, una colilla apagada, una moneda con dos caras, uñas cortadas, y una piedra encontrada en la cabeza de un sapo. Estudió el patrón de los objetos durante un largo rato y suspiró.

—No es bueno. Este callejón no es mejor que los otros dos lugares donde lo he intentado. No sé dónde están todas las líneas de fuerza en esta ciudad, así que no puedo interpretar que la dispersión signifique algo. Pensaba que podía triangular, pero incluso así queda demasiado vago. Hay algo o alguien poderoso por allí —señaló vagamente hacia el este— pero no sé si es el tipo que estamos buscando. Tendré que hacer una adivinación por humedad.

El aire olía, levemente, a pis y café, pero ni siquiera esos olores urbanos tan familiares tranquilizaron a Marla.

Su compañero, Rondeau, estaba sorbiendo fideos de arroz de una caja de papel encerado.

—Pienso que las tripas nunca mienten —dijo empujando los fideos con el palillo y pillando un trozo de pollo—. ¿Qué planeas destripar?

Marla guardó su tela de terciopelo y sus utensilios de adivinación en un bolso de cuero. Estiró los brazos por encima de la cabeza hasta que sus articulaciones crujieron, y suspiró. Se había saltado sus ejercicios matutinos, y después pasó varias horas acalabrada en esa especie de granja de ganado que fue el avión con el que cruzaron el país, y su cuerpo no estaba muy colaborador.

—Si no tuviera unos principios tan firmes usaría un humano, solo porque así funciona mejor. Por otra parte, esta no es mi ciudad, así que no me siento responsable de proteger a esta gente —estaba bromeando, por supuesto. El asesinato por motivos místicos conllevaba una desagradable deuda kármica y, además, era un despilfarro. La gente se podía utilizar para mejores cosas—. No sé. Un gato, quizás. O una

gallina. Nada demasiado evolucionado. Dudo que Lao Tsung esté tratando de esconderse de mí.

—Además, ¿Por qué tenemos que buscarlo? ¿Por qué no le hiciste saber que veníamos? —Rondeau meneó sus dedos alrededor de su oreja izquierda—. ¿Has oído hablar del teléfono?

Marla resopló.

—No es la clase de persona que tiene teléfono. Hay formas de hacerle llegar mensajes, pero llevaría unos días, y no había tiempo para eso. Tengo prisa.

—Ya me he dado cuenta —dijo Rondeau limpiándose la boca con un fajo de servilletas—. Creo que me diste una pista cuando irrumpiste en mi casa, me dijiste que me hiciera la maleta, me llevaste al aeropuerto y me metiste en un avión. Ni siquiera me dejaste sentarme junto a la ventana —su tono era de agravio—. La primera vez que subo en un avión y me pones en el medio junto a un gordo con manchas de sudor. Olía fatal.

—Oh, ¿también te diste cuenta de eso? Creo que tu agudo poder de observación es lo que más valoro.

—¿Sabes?, esperaba que me contaras todo sin que te preguntara, pero como no lo haces... ¿Qué hacemos en San Francisco? ¿Qué es tan importante que tienes que ver ya mismo a ese Lao Tsung? ¿Y por qué necesitas que yo venga?

Marla reflexionó. Ella y Rondeau se habían salvado mutuamente la vida mucho más a menudo de lo que se la habían amenazado. Guardar secretos era un hábito útil, y muy arraigado, pero valía la pena recordar que tenía algunos aliados con los que podía contar.

—Es por Susan Wellstone —dijo, y se encontró tocando, casi de un modo supersticioso, los puñales que llevaba bajo las mangas, los cuales le proporcionaban sensación de seguridad.

Los ojos de Rondeau se abrieron de par en par.

—¿En serio? ¿Ella? De todas las personas que andan por Felpport, nunca pensé que ella sería la que se te estaría acechando. Gregor, quizás, o Viscarro... —tiró su caja de fideos vacía en un contenedor de basura.

Marla negó con la cabeza.

—Gregor me apuñalaría por la espalda en cuanto me descuidara, y Viscarro rondaría por allí para robar las joyas y los empastes de oro del primer cadáver que cayese, pero Susan es la única que se prepara las oportunidades en lugar de esperarlas. Ella sabe que, si pierde, la destruiré. Pero es una perfeccionista. No piensa perder. Quiere derrocarme.

Rondeau frunció el ceño.

—Entonces, ¿por qué no está colgada boca abajo dentro de una cuba de ácido ahora mismo? ¿Qué estamos haciendo al otro lado del continente? No puedes... huir.

—Más vale que no haya oído una pequeña entonación aguda al final de esa última frase, Rondeau —dijo Marla cruzada de brazos—. Sé que no estabas preguntando si estoy huyendo.

Rondeau levantó las manos.

—Lo sé muy bien. Te he visto escabullirte de algún que otro compromiso social, pero nunca de una pelea.

—Sí, bueno —Marla se pasó la mano por su pelo corto, trocitos de piel se desprendían de su cabeza. Nunca tuvo caspa siendo veinteañera. Envejecer tenía sus ventajas, pero la caspa no era una de ellas—. No puedo ganar esta pelea, no cara a cara. Susan planea lanzar un hechizo para deshacerse de mí, pero no ha pensado en todas las implicaciones, y su hechizo va a acabar destrozando, además, la ciudad. Puedo respetar su deseo de matarme, quiere ocupar mi puesto y sabe que no me voy a retirar pronto, pero no puedo perdonarle que ponga en peligro a Felport.

—¿Y Lao Tsung puede ayudarte a detener el hechizo de Susan?

—Lao Tsung sabe dónde encontrar algo que puede ayudarme. La Piedra Angular. Pero que no se te vayan a escapar esas palabras ante los hechiceros locales.

—Ah —dijo Rondeau—. ¿Es un artefacto? Odio los artefactos. Las cosas no deberían mirarte, y esas cosas viejas y raras siempre parecen estar observándote.

—Pensé que te gustaba llamar la atención.

Rondeau movió sus ojos hacia arriba describiendo medio círculo.

—¿Tenemos un tiempo límite?

—Uno que mengua cada minuto que pasamos aquí hablando. ¿He satisfecho tu curiosidad? ¿Puedo ahora proceder a salvar mi ciudad y mi vida?

—No me has dicho que hago aquí. Podrías haber hecho que me quedara escondido con Hamil para, por ejemplo, organizar la defensa o algo así. Puede que seas la primera en estar contra la pared cuando llegue la revolución, pero Hamil y yo no andaremos muy lejos.

—No es... así —dijo Marla. Explicar la naturaleza del hechizo de Susan era demasiado complicado, y no era algo que al pensar en ello le hiciera sentir cómoda, más allá de tomar las medidas necesarias para frustrarlo—. Además, te necesito aquí para que levantes cosas pesadas, vigiles las puertas y te ocupes de cualquier otra mierda de la que yo no pueda ocuparme.

Rondeau sonrió.

—A un hombre le gusta sentirse útil. Tu dirás.

—¿Crees que podemos encontrar algún pollo vivo por aquí?

—Tal vez si buscamos de arriba a abajo.

Se dirigieron hacia los faroles de papel colgantes, las tiendas con sus pagodas y las concurridas aceras del Barrio Chino.

—No sé por qué Lao Tsung decidió vivir en este agujero carnicero de esta mierda de ciudad —dijo Marla—. Vino aquí buscando la Piedra Angular, pero luego se quedó.

Rondeau refunfuñó.

—Solo llevamos una hora en San Francisco. ¿Ya la odias? Marla escupió en la calle.

—Una bonita ciudad blanca junto a la bahía. Y una mierda.

—No te olvides de que es la genial ciudad gris del amor.

—Sí, siento el amor —dijo Marla mientras pisoteaba un montón de peluches sucios que alguien había dejado en la acera.

—Creo que es agradable. Estás celosa porque no tenemos teleféricos en la nuestra —miró hacia una calle lateral—. No es que yo haya visto algún teleférico.

—Es enero —dijo Marla—. Debería haber nieve en enero. Un poco de niebla no puede sustituirla. Me siento fuera de lugar. Lejos de mi centro.

—Bueno, sí, ha sido, ¿Cuál?, ¿la segunda vez que vas en avión? Pensé que ibas a ponerte a estrangular a cualquier desconocido al azar durante la escala en Denver. ¿Nunca te has tomado unas vacaciones?

Marla se rio y Rondeau asintió.

—Yo, nunca. Esta es la primera vez.

—Esto no son vacaciones. Es un asunto...

—Sobre la vida, la muerte y la destrucción, lo sé. Eso no significa que no pueda disfrutar las vistas, ¿verdad? ¿Qué sentido tiene seguir con vida si no disfrutas un poco?

Entraron en las calles altamente concurridas del barrio chino, donde turistas de fuera de temporada vagaban por los puestos de comida y las tiendas, escogiendo artículos de entre todos los que se desparramaban sobre las aceras. Había acuarios llenos de peces escurridizos y cajones de madera llenos de frutas extrañas. Los letreros de las calles estaban escritos en inglés y en caracteres chinos, y se veían muchos detalles arquitectónicos extravagantes: falsas pagodas de madera en la parte superior de los edificios, fachadas pintadas de dorado, cercas de bambú.

—Me encanta este lugar —dijo Rondeau—. No tenemos nada parecido en casa.

—Porque nuestra ciudad nunca tuvo un gueto para los inmigrantes chinos mal pagados y perseguidos en el siglo XIX —dijo Marla.

—Sospecho que San Francisco no te va a ofrecer trabajo como guía turístico en un futuro próximo.

—Desconfío, por principios, de cualquier ciudad que me fuerce a perder el alma al entrar —Marla dejó de caminar de repente y Rondeau casi se chocó con ella—. Hum, ahí está otra vez.

—¿El qué?

Ella agitó las manos.

—Lo que fuese que la adivinación estaba indicando. Un campo, un zumbido, una vibración. Algo. No anda muy lejos de aquí.

—No oigo ningún zumbido —dijo Rondeau.

—Vamos, por aquí.

—¡Ah! —dijo Rondeau siguiéndola por la manzana—. ¿Puedo sugerir que, digamos, ignoremos cualquier cosa mágica que no sepas hacia dónde va? ¿Por qué buscarnos problemas?

—Yo causo problemas, no los busco —no era cierto del todo, pero el vuelo, y el mero hecho de tener que volar, la había puesto de mal humor y, al fin y al cabo, siempre había tenido una vena curiosa—. Además, quizás esta cosa mágica sea lo que estoy buscando, la Piedra Angular, y ya no necesitaré encontrar a Lao Tsung para nada.

—Claro —dijo Rondeau—. Porque estamos en una novela de Charles Dickens y coincidencias como esa suceden sin más.

Después de una manzana caminando, Marla se detuvo.

—Ahí.

—¿Qué? Es solo un puesto de videos piratas de Jackie Chan... ¡Oh! ¿Quieres decir que...?

Había un espacio plegado allí, entre una tetería y una de las muchas joyerías de la zona... Marla pudo ver el resplandor por un pelo. Si había una tienda en el interior de ese resplandor, no era para el típico turista.

—¿Quieres entrar?

—Pensé que solo querías comprar un pollo y encontrar un callejón tranquilo donde sacarle las tripas. ¿Por qué quieres pringarte con los mogollones de aquí?

—Lao Tsung es un hechicero —dijo Marla—. Tal vez otro hechicero sepa dónde anda.

—Los hechiceros están todos medio locos por definición —dijo Rondeau—. Exceptuando la compañía presente. ¿Y qué pasa si nos atacan?

Marla se encogió de hombros. Que los atacaran no sería tan malo. En ese momento, por más que se resistía a

admitirlo, Marla tenía miedo. Una pelea al menos le haría olvidar el plan de Susan, la colmaría de adrenalina y le proporcionaría ejercicio..., físico o metafísico, cualquiera sería bienvenido.

—Si nos atacan, trata de quitarte de en medio.

—Te apuesto lo que quieras a que esto va a ser como *Golpe en la pequeña china* —dijo Rondeau—. Hierbas extrañas por todas partes, cocodrilos disecados colgando del techo y un tipo disparando rayos por los ojos.

—Estoy pensando si es racista o no.

—¿El qué? —dijo Rondeau—. ¿Lo que he dicho o la película?

Marla lo ignoró echando un ojo a su alrededor. Había gente mirándola, por supuesto, o al menos mirando hacia donde estaba ella... Era una calle muy transitada. Va, venga. A la mierda. Agarró la muñeca de Rondeau y se coló, rodeando una mesa llena de videos piratas, en un lugar plegado en el mundo. En la guarida de un hechicero.

Aparecieron en una gran sala decorada a medio camino entre una tienda de hierbas y una de alta tecnología. El suelo, las paredes y el techo eran de un blanco prístino, las esquinas eran curvas en vez de en ángulo recto, y unos estantes altos de madera oscura, pegados unos contra otros, formaban ángulos extraños que, probablemente tuvieran significados ocultos. Estaban repletos de latas, botellas, tarros y bolsas de plástico; la mayoría parecía que estaban llenos de diversas clases de plantas secas. A Marla no le interesaba la magia de las hierbas, nunca le habían preocupado mucho las hierbas que no se pueden cultivar en una maceta, en una escalera de incendios, o que brotan espontáneamente en los recintos del ferrocarril. El aire debería haber sido un amasijo de olores pero, en cambio, se olía una curiosa neutralidad, con un toque de antiséptico.

Un extenso mostrador de acero inoxidable se extendía a lo largo de la pared trasera. Se abrió una puerta oculta tras el mostrador y apareció un anciano asiático vestido con una túnica oscura. Un *gentleman*, seguido por un joven mucho menos elegante, presumiblemente un aprendiz. Marla pudo

ver, por un momento, más allá de la puerta, donde alguien con ronchas rojas en la piel yacía desnudo sobre una camilla.

La puerta se cerró, y Marla desvió su atención hacia los hombres que estaban tras el mostrador. El aprendiz era, en realidad, una mujer travestida con un traje de niño. Estaba bastante convincente, pero cuando Marla se mudó por primera vez a Felpport encontró trabajo como camarera en varios bares de la parte menos respetable de la ciudad, y todavía tenía buen ojo para las apariencias. Estaba en San Francisco, donde el drag imperaba, así que no se sorprendió. Lo más probable es que el viejo fuera el maestro, y que la joven fuera una aprendiz o sirvienta. El viejo le habló en chino, cantonés probablemente, el dialecto predominante en el barrio chino, pero Marla negó con la cabeza.

—No, lo siento. Hablo inglés, y puedo arreglármelas en francés, y aquí mi amigo puede hablar español, y sabe algunas palabrotas en el idioma que precedió a la caída de Babel, pero ninguno de los dos podemos hablar ningún tipo de chino.

—¿Qué queréis? —preguntó la chica en un inglés claro y sin acento.

Marla miró al maestro. Estaba inexpresivo, pero sospechaba que él entendía inglés tan bien como la chica.

—Necesito información.

El viejo negó con la cabeza y la ladeó medio grado.

—Vendemos hierbas, no información —dijo la aprendiz. Trataba de vigilar tanto a Marla como a Rondeau, lo cual le fue complicado ya que Rondeau había empezado a deambular distraído por la tienda, tocando las cosas.

—Estoy buscando a un hombre llamado Lao Tsung —dijo Marla.

El viejo resopló. La aprendiz se mofó, ya sin pretender ser educada.

—¿Y crees que todos los chinos se conocen?

Marla miró hacia arriba describiendo medio círculo.

—Mira, en el lugar de donde yo vengo llevamos la cuenta de todos los hechiceros importantes que merodean por ahí.

Lao Tsung lleva viviendo en la ciudad unos cuantos años, y es poderoso.

—En realidad no es chino. Es un mesopotámico muy longevo, si eso te hace sentir mejor.

—Pensaba que podrías saber dónde está, eso es todo. Si no puedes ayudarme...

El viejo miró meditabundo al techo.

—Mil dólares —dijo con un inglés crujiente y levemente británico—. Ese es el precio de la información que quieres.

Marla frunció el ceño.

—Mira, podría abrir un pollo y revolver sus tripas y encontrar a Lao Tsung... Tengo el don de la aruspicina. Solo pensaba que sería menos sangriento preguntarle a los lugareños. No quiero meterme donde no me llaman, solo quiero resolver este asunto e irme.

—La aruspicina no funcionará. Inténtalo si quieres, pero no vuelvas después. Ya nos estás haciendo perder el tiempo. Mil dólares.

Marla suspiró y llamó a Rondeau.

Él llevaba la mitad del dinero, lo que tal vez fue un error, pero había insistido. Si Marla moría en un terremoto, le dijo él entonces, ¿cómo iba a volver a casa? Le dio los billetes a Marla, y ella se los pasó a la aprendiz, que los examinó y asintió.

—Lao Tsung está muerto —dijo el viejo sin mostrar satisfacción.

—Mentira —dijo Marla—. Ha vivido siglos, vino aquí expresamente para curarse un cáncer, y salió bien. ¿Cómo puede estar muerto?

—La respuesta a esa pregunta costará mil dólares.

Marla se abalanzó sobre el mostrador antes de que el viejo pudiera dar un paso atrás, presionando su vientre con una daga. Él abrió la boca, seguramente para lanzar un hechizo, y Marla le metió un fajo de dinero entre los dientes, haciéndole callar.

—Como puedes ver, no es por el dinero. Pero no me gusta que me hagan perder el tiempo. Y Lao Tsung era un amigo —la aprendiz estaba hablándose a sí misma en voz baja y Marla suspiró—. ¿Rondeau?

—Síp —dijo, y sacó su navaja mariposa, abriéndola con la facilidad de alguien que lleva toda la vida en las calles, y debajo de ellas—. Bien, entonces estate quieta o tendré que cortarte la garganta o algo, y este traje es nuevo, así que eso nos jodería a los dos.

La aprendiz dejó de hablar.

—No sois hechiceros —dijo—. Sois unos matones.

—Hay momentos y lugares para la magia —dijo Marla— pero no es buena idea depender demasiado del abracadabra —volvió a prestar atención al anciano, que no parecía aterrorizado, ni enfadado, ni nada; su expresión era imposible de interpretar—. Voy a quitarte este dinero de la boca para dárselo a tu aprendiz, y entonces te considerarás completamente pagado y me dirás todo lo que necesito saber sobre Lao Tsung, ¿de acuerdo? Y si te reconcome la venganza, déjame decirte quién soy... Soy Marla Mason, manejo la ciudad de Felport, y si no has oído hablar de mí antes..., bueno. Puedo hacerme un nombre en esta costa haciéndote algo tremendamente desagradable. Pero como ya he dicho, solo quiero resolver mis asuntos y continuar mi camino. ¿Vale?

El viejo asintió.

Marla le quitó al anciano el fajo de papel de la boca y se lo entregó a su ayudante, que empezó a ordenar el dinero en el mostrador, extendiendo los billetes, alisando las arrugas, haciendo montones. El maestro debe ser un hijo de puta de disciplina férrea, pensó Marla.

—Así que... —dijo ella— Lao Tsung.

El viejo murmuró algo en chino.

—Como te hemos dicho, Lao Tsung está muerto —dijo la aprendiz sin levantar la vista del dinero y aparentemente despreocupada por Rondeau y su navaja—. Unas ranas lo han asesinado esta mañana.

Marla se repitió esas palabras: unas ranas lo han asesinado esta mañana, considerando la posibilidad de que fuera alguna frase hecha mal traducida.

—¿Lo asesinaron unas mafias? —dijo al final frunciendo el ceño.

La aprendiz la miró, con cara de aburrimiento.

—No. Unas ranas. Hop, hop. Ranas. Lao Tsung vivía en el Parque *Golden Gate*, y lo encontraron esta mañana cubierto por pequeñas ranas doradas. Las ranas se fueron saltando y nadie intentó detenerlas... Dedujimos que son venenosas. Hay ranas en las selvas tropicales lo suficientemente venenosas como para matar a cien personas.

—¿Qué?, ¿muerden? Ni siquiera sabía que las ranas tuvieran dientes.

—No, solo están llenas de veneno, y a veces sus cuerpos sudan veneno. Los nativos usan veneno de rana para emponzoñar sus lanzas, lo han hecho durante siglos. Pero encontrar tantas ranas, tan virulentamente venenosas, aquí, en este clima, donde hace demasiado frío y sequedad como para que vivan mucho... —la aprendiz negó con la cabeza—. Es un misterio —terminó de contar el dinero, hizo un barrido formando una sola pila y lo puso bajo el mostrador—. Mi maestro es un experto en toxicología, entre otras cosas, y hemos sido designados por ciertos grupos para determinar la naturaleza de la muerte de Lao Tsung, y para descubrir si fue trabajo de otro hechicero o simplemente un suceso extraño.

—Quiero ver su cuerpo —dijo Marla. Si el cuerpo de Lao Tsung estuviera aquí, la aruspicina no habría funcionado... Lugares como este, en el espacio plegado, tendían a distorsionar la eficacia de la adivinación. Lo que hizo que se preguntara hacia qué había estado apuntando su adivinación. Debía haber cerca algo más, o alguien más, con una poderosa magia.

El maestro habló un poco en chino, y la aprendiz asintió.

—Te mostraré su cuerpo —dijo.

Marla se mordió el labio. El maestro parecía intimidado pero, a pesar de eso, podía ser peligroso. Y, aun así, no estaría mal separarlo de su aprendiz.

—Rondeau, vigila al viejo. Y hablo en serio. Vigílalo.

Rondeau suspiró y asintió.

—Escuche, señor, no quiero hacerle daño, pero tengo esta navaja, y si es necesario, también tengo otros recursos. Pero preferiría que charláramos mientras ellas están ahí detrás, ¿sabe? Nunca he estado aquí antes, así que quiero saber

dónde hay buenos restaurantes y paseos, cosas así. Y si decide no hablar más inglés, podemos turnarnos para enseñarnos ruidos cómicos de animales.

El viejo se quedó con la mirada fija, inexpresivo.

Marla dejó que la aprendiz le guiara hasta el cuarto trasero, donde el cadáver que fue su amigo Lao Tsung yacía sobre una mesa. No aparentaba más de cuarenta años, su pelo negro estaba recogido en una larga cola de caballo y su cuerpo era delgado y musculado. Asesinado por un enjambre de ranas. ¿Un enjambre? ¿Grupo?

—¿Cómo se le llama a un enjambre de ranas? —Preguntó Marla—. Una bandada de cuervos, una manada de ballenas, entonces, ¿que son las ranas?

—Una colonia —dijo la aprendiz—. A veces, un grupo. A veces, un ejército. Creo que, en este caso, un ejército. Puedes examinar el cuerpo..., puedes hacer lo que quieras, ya lo has dejado claro..., pero te aconsejo que no lo toques con las manos. No conocemos la naturaleza exacta, ni la cantidad, del veneno.

Marla asintió y se acercó a Lao Tsung. Qué manera de morir. Por lo menos, era poco común.

Entonces la boca de Lao Tsung se abrió.

Una pequeña rana dorada, de no más de cuatro centímetros de largo, saltó desde la boca de Lao Tsung y se posó en su pecho. Era una hermosa ranita: ojos negros, piel semi brillante. La carne de Lao Tsung comenzó a ponerse roja, hasta que el lugar sobre el que estaba sentada la rana presentó una roncha tan grande como las otras.

Entonces la rana saltó.

Después de quedarse un rato de pie, en silencio, sin escuchar gran cosa de lo que sucedía en el cuarto trasero, Rondeau dijo:

—¿Vale la pena hacer la excursión a Alcatraz? Marla dice que probablemente sea fantasmagórico y psíquicamente inquietante, pero creo que puede ser interesante. ¿Alguna vez has estado allí? ¿O eres como esos neoyorquinos que nunca

han estado en la Estatua de la Libertad, que no hacen lo que hacen los turistas?

El maestro se giró, ligeramente, y miró hacia la puerta del cuarto trasero. Rondeau agitó un poco su navaja.

—Eh, mirada al frente.

—Ayúdame —susurró el maestro—. Por favor.

Rondeau entrecerró los ojos.

—No tiene sentido tratar de marearme. No tengo ninguna autoridad. Solo estoy aquí para cargar cosas, hacer recados y hacerle compañía a Marla.

—No soy el maestro —dijo el maestro. Se estremeció—. Soy la aprendiz. Mi maestro me dijo que sería su sucesora, la heredera de todos sus tesoros, pero fue una trampa cruel. Me robó el cuerpo y encerró mi mente en el suyo. En esto.

Levantó sus brazos con asco, y luego los dejó caer.

—Oh, mierda —dijo Rondeau—. Te hizo el truco de *La Cosa en el umbral*, ¿Me estás diciendo eso?

Rondeau le dio varias vueltas a su navaja, pensativo. Si eso era cierto, Marla estaba en la parte de atrás con un verdadero hechicero, uno que era lo suficientemente hábil y sucio como para intercambiar un cuerpo por otro. Algo así como una meta-violación, incurriendo en una grave deuda kármica; pero los hechiceros muy poderosos, que carecían de escrúpulos para realizar ese truco, normalmente sabían cómo evitar pagar el precio de esos actos monstruosos. Pero si Rondeau se iba corriendo a advertir a Marla, entonces el verdadero maestro podría hacer algo terrible, para lo que Marla no estaría preparada. Y si este viejo estaba mintiendo, Rondeau le habría dado la espalda al hechicero al que Marla le dijo que vigilara.

—Mierda —dijo. Ningún proceder parecía bueno.

—Bien, tengo esta navaja lista para meterse bajo tu esternón, así que empieza a colaborar. Vamos a entrar en el cuarto trasero y le podrás contar tu historia a Marla.

El viejo se lamentó.

—Si mi maestro se entera de que te lo he dicho, matará este cuerpo. Únicamente me mantiene vivo para guardar las apariencias hasta que esté listo para anunciarse como su

propio sucesor. Lo que ha hecho es un delito, y el consejo de hechiceros no permitirá que quede impune.

Rondeau vaciló. Pero su lealtad se la debía a Marla.

—Lo siento —dijo—. Si estás diciendo la verdad, intentaremos ayudarte —tal vez eso fue ir demasiado lejos, ya que a Marla probablemente no le importaría una mierda la aprendiz secuestrada, pero Rondeau le ayudaría, si podía—. Tengo que proteger a Marla, y eso significa hacerle saber con qué podría estar lidiando.

El maestro bajó la cabeza y comenzó a caminar hacia la puerta.

La rana saltó directamente hacia la aprendiz, que levantó las manos y soltó un chorro de palabras ininteligibles. La rana se quedó flotando en el aire a la altura de sus hombros, pataleando.

—Bonito hechizo de bicho en ámbar —dijo Marla—. No conozco a muchos aprendices que puedan hacerle eso a algo más grande que un mosquito.

—Gracias —dijo la aprendiz—. Tu cumplido me honra.

La aprendiz se dirigió a un estante y sacó un pequeño frasco de vidrio. Después se puso un par de guantes de goma gruesos. Colocó el frasco sobre la rana suspendida y cerró la tapa. Asintió con brusquedad.

—Lao Tsung fue visto ayer conversando con un hombre desconocido para nosotros, un... excéntrico extraño. La conversación parece que se volvió bastante acalorada. El hombre parecía ser centro o sudamericano, y estaba vestido solo con ropa interior y una especie de capa. Es posible que fuera simplemente un loco vociferando como lo hacen a veces los trastornados. Siempre ha habido locos en esta ciudad, incluso antes de que tú llegaras.

—Para, o me tocarás la moral —dijo Marla. Aunque pudiera tomarse la justicia por su mano, esa forma de hablar no era un buen camino a seguir. Miró el cuerpo de Lao Tsung. Querría haber tocado su mejilla con los dedos, pero no pudo, debido al veneno. No había tiempo para lidiar con estas

emociones. Su vida, y la protección de su ciudad, estaban en juego. Sin Lao Tsung, para saber la ubicación de la Piedra Angular, no tenía idea de a dónde ir a partir de aquí. No tenía más contactos en esta ciudad. Suspiró—. Cuando tengas dudas, empieza por arriba.

—¿Perdón? —dijo la aprendiz.

—Necesito hablar con la persona que maneja San Francisco.

La aprendiz olfateó el aire.

—Así no es cómo hacemos las cosas por aquí. Mi maestro es el hechicero más viejo del Barrio Chino. North Beach está dirigida por una strega llamada Umbaldo. Russian Hill, el Haight, el Distrito Financiero, La Misión, El Tenderloin, todos tienen sus propios líderes.

—No jodas —dijo Marla—. Piensa. ¿Crees que la ciudad de la que vengo es una aglomeración homogénea? Apuesto a que tenéis algún tipo de consejo, ¿verdad?, ¿alguna forma de resolver las disputas?

—Por supuesto —dijo la aprendiz.

—Y eso significa que alguien es la máxima autoridad, ¿verdad?

La aprendiz apretó los labios.

—Sí. Pero es una oficina, no un individuo. Los hechiceros más poderosos se reparten las tareas, y cada uno se dedica durante unos años.

—Qué fascinante lección de civismo. ¿Quién está al cargo ahora?

La aprendiz frunció el ceño y no respondió.

—Cuanto antes me lo digas —dijo Marla—, antes te dejaré en paz, apanaré mis asuntos y me iré bien lejos de esta costa. ¿De acuerdo?

—Se llama Finch —dijo—. Maneja El Castro.

—¿Cómo lo encuentro?

—Él... no es fácil de encontrar. Pero monta fiestas, todos los viernes. Empiezan a las nueve o diez, aunque no siempre está allí desde el inicio. Me han dicho que suele llegar a medianoche, cuando hay más movimiento.

—Eso es esta noche —dijo Marla—. Es genial. Muéstrame dónde vive —sacó de su bolso un bolígrafo y mapa plegable de San Francisco. La aprendiz miró el mapa un momento y dijo:

—En esa calle.

Marla escribió el nombre de la calle y el número.

—¿Estarás en la fiesta? —dijo Marla.

La aprendiz negó con la cabeza.

—Mi maestro no aprueba esas actividades. No están a la altura de su dignidad.

Marla asintió.

—Escucha..., no he venido para enfadar a nadie. Solo quiero arreglar mis asuntos y largarme de la ciudad. Hazle saber eso a tu maestro. Dile que no tendrá que volver a verme y que le agradezco la ayuda.

—Mi amo respeta la fuerza —dijo—. Pero, así como a ti no te gusta que te hagan esperar, a él le disgusta que lo intimiden. Lo mejor sería que terminaras tus asuntos y abandonararas la ciudad lo antes posible, o mi maestro podría sentir la necesidad de tomar medidas contra ti.

—Siempre he tenido el don de hacer enemigos —dijo Marla—. Ya me voy.

La puerta se abrió, y el maestro entró, Rondeau lo guiaba.

—Hola, Marla —dijo.

—Puedes dejar en paz a nuestro amable anfitrión, Rondeau. Tenemos lo que necesitamos.

Rondeau pestañeó.

—Hum, vale, pero...

—Ya está. Vámonos.

Salió por la puerta llevándose a Rondeau cogido por el brazo .

—Tira de la puerta y ciérrala. No quiero darles la espalda.

Rondeau hizo lo que le había dicho y, entonces, Marla corrió hacia la salida. Rondeau le siguió muy de cerca.

Casi tiraron al suelo a unos cuantos peatones, al salir de cabeza precipitadamente, desde la nada; Marla corrió toda la calle, poniendo distancia entre la tienda y ella. Miró hacia atrás sintiendo claramente que la seguían, pero no vio por

ninguna parte, ni a la aprendiz, ni a su maestro. Probablemente solo eran los nervios. ¿Quién más aparte de esos dos querría seguirla aquí?

—Marla, estoy tratando de decirte algo —dijo Rondeau.

—Dímelo en la cena —dijo ella—. Tenemos unas horas que matar, y creo que antes vi un restaurante italiano.

—Vale, bien. Me imagino que lo habrás visto. Estábamos en North Beach, al fin y al cabo. ¿No sabes nada de San Francisco?

—Teleféricos. El puente *Golden Gate*. Niebla. Colinas. Orgullo gay. Que si vienes aquí, tienes que ponerte flores en el pelo. Eso es lo esencial, ¿verdad?

—Tienes una forma de ver lo esencial de las cosas... —dijo Rondeau— Pero, en serio, escucha.

Al otro lado de la bahía, en Oakland, la hermanastra a la que San Francisco mira por encima del hombro, un ex actor de cine llamado Bradley Bowman, B para sus amigos, la mayoría de los cuales estaban muertos o habían perdido oportunamente el contacto con él, estaba sentado en un solar vacío, lleno de basura y cubierto de maleza, dejando caer *Valiums* por la rejilla de una alcantarilla, pastilla a pastilla.

—He tenido uno de esos sueños —dijo—. Estaba de pie bajo un paso elevado. Llovían ranas del cielo, y algunas me acompañaban saltando bajo el paso elevado. Un hombre con un sombrero de castor anticuado estaba de pie, medio a la sombra de un pilar, mirándome, y cuando le saludé, asintió. Volaban colibríes alrededor de mi cabeza, se movían demasiado deprisa como para verlos bien. Una mujer con una capa púrpura salió de las sombras, pisando ranas al caminar, y luego trató de besarme. Cuando sus labios tocaron los míos, me encontré envuelto en un capullo, y no sabía en qué me iba a transformar. ¿Qué significa esto?

Pasado un momento algo habló desde debajo de la rejilla de la alcantarilla. Habló durante mucho tiempo, su voz era perezosa y relajada.

—Mierda —dijo B—. ¿Hay algo que pueda hacer para evitarlo? —la voz habló de nuevo, fue más breve esta vez. B suspiró—. Supongo que tendré que hacerlo, entonces. ¡Me cago en la hostia!. Odio ir a la ciudad —la voz de abajo murmuró—. No lo hagas —dijo B—. Por favor. Venir aquí, hablar contigo..., todo esto ya es bastante difícil sin remover todos esos viejos recuerdos.

Se puso de pie, se echó la mochila al hombro y se dirigió, a regañadientes, hacia su casa, perdido entre la niebla del pasado.